

estatuas de sal, establecer seriamente qué podemos hacer, cuándo y cómo. El estudio y la reflexión, nunca suficientemente profundos, para saber exactamente qué queremos, pero la voluntad férrea de actuar y el convencimiento firme de que su plasmación en la realidad es el mejor homenaje que podemos ofrecer a nuestras ideas. No ama más al Ideal el que más lo acaricia en su pensamiento, sino el que más se sacrifica por él, el que hace de su vida, de su tiempo y de su dinero, donación generosa a su servicio, el que, por qué no decirlo en los tiempos que corren, acepta de antemano ver su día truncada en flor entregada por la Causa.

Trabajar intesamente, poniendo en juego los mejores de nuestros talentos, realizar planes a corto plazo, pero también a medio y largo, cosechar triunfos y derrotas y de ambos sacar lecciones, abrir con inteligencia el círculo a los que hoy no piensan como yo pero mañana pueden luchar a mi lado, saber que en las guerras hay también que ceder provisionalmente algunas posiciones para hacerse fuerte en otras, elegir en tanto sea posible el terreno y las armas a emplear, luchar sin descanso y prever al tiempo el relevo, combatir con moral de victoria, como quien milita en una Causa que sabe al fin triunfante, agotar la paciencia buscando la unidad... he ahí las consignas para la reconquista.

Y como San Fernando, sentirse cruzados en los éxitos y en los fracasos, sabiendo que como decía Santa Juana de Arco, cuya fiesta también hoy conmemoramos, los guerreros lucharán, pero sólo Dios dará la victoria. Y que el mejor triunfo del cristiano —¡no había de ser el discípulo más que su maestro!— es la Cruz de Cristo, escándalo para los judíos y necedad para los romanos.

Y termino. Hubo siglos en los que, como ahora, todo parecía perdido para la cristiandad, pero en los que al final, gracias a los sacrificios, a las oraciones y a la denodada acción de una minoría de corazón ardiente, Dios quiso compadecerse de ellos, por su fidelidad, y darle el triunfo a los que luchaban por Su Causa.

Nuestro siglo tiene mucho de semejanza con aquellos tiempos caóticos. Aunque ahora, a diferencia de entonces, se ha olvidado el infinito valor de la oración, aunada al sacrificio y a la acción.

Tenemos mucho que aprender de San Fernando. Acerquémonos a él. Imitemos su ejemplo.

Y para algunos de vosotros, que sentís el peso de los años cansando vuestros cuerpos, que habéis entregado una larga vida a la Causa y aún seguís cada mañana despertando con nuevo ímpetu y renovada fidelidad, y para otros de nosotros, más jóvenes, que alentados por vuestro ejemplo estamos dispuestos a entregar nuestras vidas con ansias de nuevas gestas y deseos de heroísmo, pidamos a Dios Nuestro Señor ser siempre como San Fernando soldados suyos, y que algún día, por su intercesión, la muerte nos sorprenda a nosotros como sorprendió al santo rey: soñando con nuevas conquistas para Cristo.

Muchas gracias.

DISCURSO DE FRANCISCO JOSE FERNANDEZ DE LA CIGONA

Una vez más, esta ya tradición de honrar a nuestro patrón San Fernando nos convoca a esta cena. El que os habla, que cree haber asistido

a todas cuantas se han celebrado, tiene hoy una especial sensación de haber él también entrado en la tradición. Me han pedido que cierre este acto, lo que es ya una proclamación de que he penetrado en la categoría del "carroza" o del "retablo". Y ello es vivencia si cabe más punzante al recordar cómo muchos años mi "importante" papel en estas cenas era, al llegar el postre, golpear con un cuchillo una copa, imponer silencio y levantarme para anunciarlos los que iban a hablar.

Pero hay todavía más. Me han precedido en el uso de la palabra la belleza y la envidiable juventud de Leonor Vegas Latapie —¡a cuánto te obliga queridísima Leonor ese apellido!— y la joven madurez de Javier Urcelay. Y no puedo dejar de recordar lo que he jugado con un bebé encantador que me debía llegar por las rodillas y que hoy debuta en esta Ciudad Católica que tanto debe a su padre, Eugenio Vegas. Y también cómo conocí a Javier, casi niño, y cómo después me pareciste una gran promesa, que gracias a Dios hemos visto cuajada en tus trabajos en Ciudad Católica y en esa Corporación Universitaria que es una de las pocas cosas serias que se han hecho en nuestra Universidad.

Es, pues, evidente que soy un "carroza", y el hablaros de recuerdos es cosa suplementaria. Pero espero todavía acreditar mayores méritos en esa consideración con lo que me vais a oír. Porque hablaros hoy de San Fernando, de sus ideales y de su actualidad parecerá, a no pocos, yo diría que a la casi totalidad de nuestros contemporáneos, la suprema descalificación en esta España democrática, asexuada y apóstata en que, para desgracia nuestra y vergüenza de todos, nos ha tocado vivir.

Y pienso que nada mejor para comenzar estas palabras, en días traidores que preludian la muerte de la patria, que recordar un epitafio. Lo traje a una de estas cenas otro querido amigo, hoy en México, Enrique Mendoza, y de ella lo tomo:

"Aquí yace muy onrrado Don Fernando, Señor de Castilla e de Toledo, de León, de Galicia, de Córdoba, de Sevilla e de Jaén.

El que conquistó toda España.

El que más quebrantó e destruyó a todos sus enemigos.

El que más alzó e onrró a todos sus amigos, e

El más leal, e

El más verdadero.

El más franco.

El más grande, e

El más sufrido, e

El más omildoso, e

El que más temió a Dios."

¿Es necesario que vuelva a leerlo? ¿Cabe más cumplido retrato de un rey?

San Fernando se quería Caballero de Dios, Siervo de la Virgen y Alférez de Santiago. En Verbo de septiembre-octubre de 1979 tenéis la bellísima semblanza que Sebastián Mariner nos hizo en otra de estas cenas del rey santo. A ella me remito y a todos os exhorto a que la releáis y meditéis, pues sin duda os será de provecho. Mas creo que en estos días desolados de la patria, San Fernando no puede ser conmemoración gozosa, sino pretexto para nuevas reconquistas. Porque hoy no estamos en tiempos ilusionados en los que la cruz coronaba Jaén y Sevilla arrebatados a la Media Luna, sino en los negros de Guadalete, en

los que España sucumbía víctima de la traición de sus clases dirigentes. Hoy proliferan los Oppas y Julianes, uno era obispo y otro conde, y, en cambio, nada recuerda la fuerza expansiva de una raza que desde los Picos de Europa y los Pirineos se derramó por la España conquistada y la convirtió en la nación más gloriosa que jamás vieron los siglos.

Pero no sería justo dejar sólo en los políticos como don Julián, en los obispos mucho más políticos que religiosos, como Oppas, y en un desdichado don Rodrigo que entretenía con Florinda los afanes que debía empeñar en la salvación de la patria la responsabilidad de lo que, en el siglo VIII, sucedió. Porque hubo también un pueblo que, olvidado de su fe y de sus gestas, se entregó al enemigo, abrazó su religión y olvidó inmediatamente a Oppas, don Julián y don Rodrigo, que es la única decisión que le aplaudo. Y suele ocurrir con frecuencia que basta sentarse a la puerta de la casa para ver pasar pronto ante ella los cadáveres de los traidores.

Nuestro patrón fue santo y caballero. Hoy no está de moda ni lo uno ni lo otro. Y si ambas cualidades coincidían en una persona nos encontramos con el paradigma del rey que fue Fernando III.

No cabe ninguna acción fecunda, no es dado pensar en reconquistas de patria si no asumimos en nosotros esa doble llamada hacia lo alto de la santidad y la caballeridad.

No hay otro camino ni programa. Lo tenéis trazado en versos de belleza inmarcesible compuestos por Jorge Manrique a la muerte del Maestre de Santiago, don Rodrigo Manrique, su padre. Todas las estrofas tienen tal carga de filosofía cristiana que bien podrían ser meditación obligada y provechosa para todos nosotros. Y resulta imposible no ser nostálgicos ante reyes como san Fernando y señores como el maestre don Rodrigo.

Porque hemos de convencernos que:

*“Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.
Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos
descansamos.*

*Este mundo bueno fue
si bien usásemos de él,
como debemos,
porque según nuestra fe,
es para ganar aquel
que atendemos.*

.....

*Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos*

y corremos;
que en este mundo traidor
aun primero que muramos
las perdemos.
De ellas deshace la edad,
de ellas casos desastrados
que acaescen,
de ellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen."

Y con este convencimiento sobrenatural, ¡qué hermosa vida en este mundo! Si era bellissimo el epígrafe de San Fernando, no lo es menos el que Jorge Manrique hace a su padre:

"¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para sus criados
y valientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razón!
¡Cuán benigno a los sujetos
y a los bravos y dañosos
un león!"

Esto fue un caballero. Como San Fernando. ¿Podremos ver algo parecido si miramos en derredor? Pues ahí está la causa de los males que hoy nos afligen. Porque, como en tiempos de don Rodrigo Manrique, se sigue hoy ganando el cielo y haciendo España del mismo modo. Aunque ello pueda asombrar a la mayoría de la Conferencia episcopal:

"... mas los buenos religiosos
gánanlo en oraciones
y con lloros;
los caballeros famosos
con trabajos y aflicciones
contra moros."

Hoy los moros tienen otro nombre. Pero la tarea es la misma. Y sin trabajos y aflicciones no se llevará a cabo.

Esó es lo que tenemos delante y lo que de una vez hay que afrontar, pues con quejas y lamentos nada ha de resolverse.

Cierto que hoy el caballero no va a ser tenido por la sociedad en la consideración que fueron tenidos San Fernando o don Rodrigo. Mas bien causará el asombro que el caballero de la Triste Figura. ¡No importa! Invoquemos también a don Quijote que cabalga asimismo a nuestro lado:

"¡Ruega por nosotros hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,

lLENOS DE CONGOJAS Y FALTO DE SOL;
POR ADVENEDIZAS ALMAS DE MANGA ANCHA,
QUE RIDICULIZAN EL SER DE LA MANCHA,
EL SER GENEROSO Y EL SER ESPAÑOL!

.....
RUEGA GENEROSO, PIADOSO, ORGULLOSO;
RUEGA, CASTO, PURO, CELESTE, ANIMOSO;
POR NOS INTERCEDE, SUPLICA POR NOS,
PUES CASI YA ESTAMOS SIN SAVIA, SIN BROTE,
SIN ALMA, SIN VIDA, SIN LUZ, SIN QUIJOTE,
SIN PIES Y SIN ALAS, SIN SANCHO Y SIN DIOS.

.....
DE RUDOS MALSINES,
FALSOS PALADINES,
Y ESPÍRITUS FINOS Y BLANDOS Y RUINES,
DEL HAMPA QUE SACIA
SU CANALOCROCIA
CON BURLAR LA GLORIA, LA VIDA, EL HONOR,
DEL PUÑAL CON GRACIA,
¡LIBRANOS, SEÑOR!

.....
¡ORA POR NOSOTROS, SEÑOR DE LOS TRISTES,
QUE DE FUERZA ALIENTAS Y DE SUEÑOS VISTES,
CORONADO DE ÁUREO YELMO DE ILUSIÓN;
QUE NADIE HA PODIDO VENCER TODAVÍA,
POR LA ADARGA AL BRAZO, TODA FANTASIA,
Y LA LANZA EN RISTRE, TODA CORAZÓN!

La España que se deshace necesita el caballero cristiano que la salve. Tras el Guadalete está Covadonga y de ella es hijo y heredero San Fernando. Jaén, Baeza, Córdoba y Sevilla están en germen a los pies de la Santina y ella regó la simiente y cuidó la flor hasta que granó en la espléndida cosecha de una hispanidad para Cristo. El ejemplo de San Fernando y su patronazgo exigen hoy de nosotros que volvamos a tomar la espada limpiándola de herrumbres que nunca debimos dejar de crecer en la hoja. Y con ella salvemos a España y devolvámosla a Dios.

Esta España cantada por un poeta maldito con cuyos versos quiero terminar mis palabras. Poeta maldito porque cantaba a su patria y a su Dios, y que muy bien pudiera ser el poeta de la Ciudad Católica, porque lo fue ciertamente y en bellísimos versos del amor matrimonial y de la fidelidad, de la vida honesta de los pueblos, del trabajo honrado, de la virtud en la mujer, de la sana jerarquía social, de la religión y de la patria. De todo lo que amamos, lo que creemos y por lo que estamos dispuestos a luchar.

Así dicen:

FE

I

¡Señor! ¡Mi patria llora!
La apartaron, ¡oh Dios!, de tus caminos,
y ciega hacia el abismo corre ahora

la del mundo de ayer reina y señora
de gloriosos destinos.

Hijos desatentados,
que ya la vieron sin pudor vencida,
la arrastran por atajos ignorados....
¡Señor, que va perdida!
¡Qué no lleva en su pecho la encendida
luz de tu Fe que alumbre su carrera!
¡Qué no lleva el apoyo de tu mano!
¡Qué no lleva la Cruz en la bandera
ni en los labios tu nombre soberano!
¡Señor! ¡Mi patria llora!
¿Y quién no llorará como ella ahora
tremendas desventuras,
si fuera de tus vías
sólo hay horribles soledades frías,
lágrimas y negruras?

¿Quién que de Ti se aleje
camina en derechura a la grandeza?
¿Ni quién a Ti te deje
su brazo puede armar de fortaleza?

Solamente unos pocos pervertidos,
hijos envanecidos
de esa Madre fecunda de creyentes
pretenden, imprudentes,
alejarse de Ti: son insensatos;
olvidan tus favores: son ingratos,
desprecian tu poder: están dementes.

Pero la patria mía,
por Ti feliz y poderosa un día,
siempre te ve, Señor, como a quien eres,
y en Ti, gran Dios, en Ti sólo confía;
que es grande quien Tú quieres,
fuerte quien tiene tu segura guía,
sabio quien te conoce,
¡y feliz quien te sirva y quien te goce!

¡Señor! ¡Mi patria llora!
Ebria, desoladora,
la frenética turba parricida
la lleva a los abismos arrastrada,
la lleva empobrecida....
la lleva deshonrada!...

¡Alza, Señor, tu brazo justiciero,
y sobre ellos descarga el golpe fiero,
vengador de sus ciegos desvaríos!...
¡No son hermanos míos
ni hijos tuyos, Señor! ¡Son gente impía!
¡Son asesinos de la patria mía!

II

*¡Señor, Señor; detente!
¡No hagas caer sobre la impura gente
el rudo golpe grave
de la iracunda mano justiciera,
sino el toque suave
de la mano que funde y regenera!*

*Y a Ti ya convertidos,
los hijos ciegos a tu amor perdidos,
aplaca tus enojos,
la noche ahuyenta, enciédenos el día
y pon de nuevo tus divinos ojos
en los destinos de la patria mía.*

*¿No es ella la que hiciera
con los lemas sagrados
de la Cruz y el honor una bandera?
¿La que tantos a Ti restituyera
pueblos ignotos de tu fe apartados,
y con sangre de intrépidos soldados
y con sangre de santos redimiera?*

*¿Y Tú no eres el Dios Omnipotente
que quitas o derramas con largueza
gloria y poder entre la humana gente?*

*¿No eres pristina fuente
de donde ha de venir toda grandeza?
¿No eres origen, pedestal ingente
de toda fortaleza?*

*¿No es toda humana gloria
dádiva generosa de tu mano?
¿No viene la victoria
delante de tu soplo soberano?*

*¡Señor, oye los ruegos
que ya te elevan los hermanos míos!
¡Ya ven, ya ven los ciegos!
¡Ya rezan los impíos!
¡Ya el soberbio impotente
hunde en el polvo, ante tus pies, la frente!
¡Ya el demente blasfemo, arrepentido,
cubre su rostro, el pecho se golpea
y clama compungido:
"¡Alabado el Señor; bendito sea!"*

*Y los justos te aclaman,
alzando a Ti los brazos, y te llaman;*

*y porque España sólo en Ti confía,
al unísono claman
todos los hijos de la Patria mía:*

*¡Salva a España, Señor; enciende el día
que ponga fin a abatimiento tanto!
¡Tú, Señor de la vida o de la muerte!
¡Tú, Dios de Sabahot, tres veces Santo,
tres veces Inmortal, tres veces Fuerte!...*